

LA SITUACIÓN DEL HISTORIADOR
DE FILOSOFÍA

MANUEL ALCALA LOPEZ-BARAJAS, S. J.
Doctor en Filosofía, Sevilla

Filosofía e Historia

La tarea de lograr una definición de Filosofía aceptable por todos los filósofos no es cosa fácil. Su dificultad proviene del hecho que la misma pregunta: ¿Qué es Filosofía?, a diferencia de otras cuestiones análogas sobre los diversos saberes humanos, constituye un problema fundamental donde se halla comprometido el mismo intelecto interrogador y este compromiso presupone ya en cierto sentido un punto de partida y una metodología determinadas. A la Física, la Literatura, el Teatro o el Cine pueden cuestionársele desde fuera sobre lo íntimo de su ser, sin abandonar por ello la perspectiva serena de observador científico. En otras palabras: no se es físico, literato, director de teatro o de cine por el mero hecho de plantearse uno sinceramente, qué sean esas manifestaciones de la cultura humana en su más recóndita esencia. Con la Filosofía, por el contrario, las cosas se complican. Quien seriamente se haga la pregunta: ¿Qué es Filosofía?, se desliza automáticamente y casi sin pensarlo de la postura de espectador a la de actor, es decir: se transforma en filósofo.

Sin embargo, hay que hacer el esfuerzo de lograr un punto de partida estable aunque lo fuere tan sólo relativamente y quizá sean los griegos, primeros forjadores del concepto, los que puedan facilitarnos la investigación, porque Filosofía no es ya Filosofía sino pura ciencia con métodos que no comprometen al investigador. Pues bien, los griegos entendieron originariamente por *sophía* la destreza o maña en el ejercicio de un determinado oficio. *Sophós* eran tanto el armador que en las playas ciegas de sol mediterráneo calafateaba diestramente sus botes confiándolos al rumoroso mar, como el poeta transhumante que recitaba con elegancia sus versos, el cazador infalible en el flechazo o el hombre de gobierno prudente regidor de la *polis*. Frente a ellos, ya diestros en la posesión de sus habilidades, el *philosophós* era un aficionado que se afanaba de forma peculiar por conseguir pericias semejantes. Su temple radical consistía realmente en un empeño. Pues bien, al evolucionar posteriormente el concepto de sabiduría, quedará constante en el "filósofo" un rasgo fundamental de buscador afanoso, de hombre avizor y en guardia. Filósofo va a ser todo aquél que rastree incansable como cazador alerta las huellas dejadas en el bosque espeso de la realidad por el paso del ser. Su actitud más característica no es el disfrutar sino el anhelar, no el haber ya encontrado sino el estar y seguir buscando. Y así como el viejo poseedor de una técnica artesana ya no era para los griegos *philosophós* sino auténtico *sophós*, al hacerse inasequible de hecho en su totalidad el "ser" de la nueva

sophía, la Filosofía se transformaba en una actitud esencialmente incompleta, transitoria, temporal e histórica como el mismo hombre. Sólo el hombre puede filosofar mientras permanece en el tiempo. Eternidad es posesión total y, por lo mismo, destrucción de la Filosofía.

Se da, pues, una estrecha relación entre Filosofía e Historia. Toda Filosofía es constitutivamente histórica, no solamente en cuanto que la actitud del filósofo está esencialmente lastrada por el tránsito que caracteriza al tiempo histórico sino también porque la posesión de la sabiduría del ser tiene que ser fragmentaria y parcial mientras tal tránsito dura. Tanto es esto así, que únicamente una cierta solera de eternidad perceptible en esos parciales logros de saber conseguirá librar al auténtico filósofo de la omnipresente tentación de relativismo. Ante esta realidad no cabe en el buscador de sabiduría otra postura que una humilde aceptación de las limitaciones que afectan su tarea: la primera constituida por la fugacidad de su propia historicidad y la segunda por el tránsito permanente del objeto de su anhelo, el "ser", cuyo signo histórico es develarse incesantemente en *verdad* pero sin que se llegue nunca del todo a la perfecta transparencia.

Filósofo e historiador de la Filosofía

De estas limitaciones recién mentadas del filósofo, participa muy especialmente el historiador de la filosofía cuyo ingrato menester no ha sido suficientemente valorado hasta los últimos tiempos. La misma Historia de la Filosofía no había alcanzado categoría de saber constitutivo y esencial. Todo lo más participaba en su carácter eminentemente informativo de la vieja concepción de la historia como "maestra de la vida". Esto provenía probablemente de una visión fisicomatemática del tiempo, por otra parte típica de la mentalidad aristotélica que tanta fortuna ha hecho en el mundo occidental por obra y gracia del imperio romano y luego del escolasticismo. Para una tal concepción, fuertemente teñida de mecanicismo, la historia "se repite". Por eso, quien conozca profundamente el pasado podrá amaestrar el porvenir. Hoy día se ha revalorizado profundamente la historia al desaparecer la concepción fisicomatemática de la historicidad y pasar ésta a ser considerada como característica esencial de la existencia humana. La historicidad es tan individual como la misma persona y por ende la historia no se repite jamás sino que es única cada vez que "acontece".

Con esto, la tarea exigida contemporáneamente al historiador de la Filosofía es sencillamente titánica. En primer lugar porque exige el colosal esfuerzo de inmersión en los afanes ajenos en busca de la verdad que siempre fueron únicos y limitados en el sentido expuesto más arriba. Esta postura constituye al moderno historiador de la filosofía en verdadero filósofo. De ahí que solamente el filósofo sea capaz de hacer seriamente historia de la Filosofía. Ahora bien, esto significa una acumulación peculiar de todas las restricciones antedichas. El afán y la búsqueda propia tiene por objeto de forma omnicompreensiva y dinámica.

Lo primero porque en la historia, cualquiera que sea, no existe propiamente el pasado en cuanto tal, es decir: como totalmente pretérito. Esto

otro anhelo ajeno ya pasado y distante que debe ser expuesto objetivamente es propio del continuo temporal fisicomatemático. En la duración histórica, por el contrario, acontece una implicación total. El pasado pervive literalmente en el presente como espíritu objetivado que le conforma y en la unificación actual de ambos se presiente el futuro, ya en flor. De ahí que sólo pueda historiar auténticamente la Filosofía quien sea capaz de bucear a través del presente y alcanzar así el pasado. En la Historia de la Filosofía, mucho más intensamente que en cualquier otro tipo de historia, se da una implicación total en las situaciones y una verdadera evolución progresiva de los afanes del espíritu humano en busca de la verdad. Por ello, el filósofo historiador no puede contentarse jamás con la desnuda exposición, por minuciosa que fuere, del pensamiento estático de unos "antepasados" en el saber. Su misión consiste mucho más en la investigación de la génesis de ese pensamiento y esto lleva consigo tanto el remontarse desde el análisis exhaustivo del presente hasta el origen y primer balbuceo filosófico como el encarar las diversas situaciones mentales, que al encadenarse forman la auténtica historia viva de la Filosofía. Ahora bien: este intento requiere necesariamente un esfuerzo de omnicomprensión radical.

Pero hay más todavía. Esa génesis, que acabamos de describir, tiene que ser presentada dinámicamente en forma de auténtica "recreación". No basta el fichero bibliográfico por exhaustivo que sea aunque el ensamblamiento mutuo sea perfecto, del mismo modo que tampoco los centenares de fotogramas de un celuloide reflejan el fenómeno cultural del cine. En ambos casos falta algo esencial, a saber: una paciente tarea de selección y montaje que produzca la auténtica "secuencia" con su peculiar temporalidad y ritmo y un desfile ante el objetivo iluminado que "recrea" todas las situaciones anteriores precisamente desde la perspectiva de la propia, a su vez en parte producto de las pretéritas.

Historia de la Filosofía y situación histórica

Hemos venido aludiendo repetidas veces a las profundas limitaciones que en su método ha de encontrar el historiador de la Filosofía. Tales impedimentos le salen al paso desde varios flancos, cercándole inexorablemente en su actitud de espectador y cazador alerta. Hace un momento hemos señalado, por ejemplo, la tarea de selección y montaje de todo un material previo para conseguir el fenómeno de la "recreación". Si bien se mira, tal operación es extraordinariamente comprometedora porque supone un criterio calificador o descalificador de datos históricos, que pueden influir decisivamente en la comprensión de los diversos estadios de pensamiento.

Pues bien, todas esas limitaciones tiene una raíz común que es la contextura situacional de la existencia humana. Esto quiere decir que la duración peculiar del hombre en la existencia, es decir: su historicidad, se patentiza siempre por una presencia constreñida en "situación". ¿Qué significa estar "en situación"? ¿Por qué representa la "situación" una frontera fundamental?

No es lo mismo hallarse "ubicado" que acontecer situacionalmente, que encontrarse en "situación". Se puede muy bien verificar lo primero y no

lo segundo. Las cosas, por ejemplo, vienen fundamentalmente ubicadas en su mundanidad, es decir: están inscritas en unas coordenadas del espacio y del tiempo, desde donde a su vez adquieren relaciones de proximidad o distancia unas con otras. Lo topográfico y cronológico son circunstancias definitivas de las cosas y al "circunstarlas" en su presencia inerte, las definen. No así al hombre cuya esencial mundanidad no puede ser puramente cuantitativa y cósmica. Ciertamente que el hombre está en el mundo como en su propio hogar y, en este sentido, su existencia se halla ubicada espacialmente y temporalizada en su duración. Sin embargo, la mundanidad no agota definitivamente al hombre. La existencia histórica elude la estructura cósmica topográfica y cronológica refugiándose en la intimidad de la persona. Ya no es una pura determinación circunstancial extrínseca sino un modo existencial de ser. La situación es la forma concreta de existencia humana en la historia. Esta duración histórica "situada" se distingue esencialmente del tiempo fisicomatemático. El tiempo fluye, la "situación" cuaja, como diría BERGSON. El tiempo es un continuo sucederse de instantes sin consistencia, que desaparecen en el pasado sin dejar rastro de sí mismos; la "situación", por el contrario, retiene misteriosamente el pasado amasándolo con el presente desde un porvenir. En el tiempo físico todos los instantes tienen la misma densidad óptica y, por lo mismo, no son únicos; en la "situación" acontece constantemente una diversidad radical que comunica a cada instante singularidad e irreversibilidad peculiares.

En la "situación" se da una patencia peculiar de la estructura psicomatemática de la persona y de su peculiar "temple" interior. Al ser el hombre una profunda unidad de cuerpo y espíritu, todas sus decisiones están profundamente influidas por su soma y por las circunstancias que afectan lo somático y aunque estos factores no sean teóricamente jamás decisivos, sin embargo, su impacto puede ser en ocasiones importante. Piénsese, por ejemplo, la influencia que en un historiador de la Filosofía puede jugar la estructura mental recibida en su formación por un maestro y la postura práctica que de ella se sigue.

En la "situación" histórica se da además una suspensión coloidal de "espíritu objetivo" y "espíritu subjetivo" no siempre fácilmente discernible. En efecto: debido al "cuajo" que la situación arrastra consigo, toda la realidad espiritual del pasado con sus cosmovisiones y juicios axiológicos permanece en forma de tradición conformando el presente e influyendo en las cosmovisiones y juicios de valor que en el *hic et nunc* forma el "espíritu subjetivo". Esto no quiere decir en ningún modo que la "situación" suponga una ciega y necesaria evolución al modo hegeliano. Pero es indudable que el espíritu objetivo supone para la soberanía del subjetivo una importante limitación, tanto más profunda cuanto es perfectamente subconsciente la mayoría de las veces. Por eso quien se cree libre de todo influjo y capaz de verificar un comienzo absoluto en el orden metodológico, es siempre víctima de un espejismo fatal. Los grandes sabios filósofos han sido siempre perfectamente conscientes de los influjos pasados y ajenos que sobre ellos operaban. Quizás era precisamente esa conciencia la que les

hacia saborear su profunda incardinación humana y su contribución personal a la historia del pensamiento.

La "situación", pues, donde se encuentra el historiador de la Filosofía es a la par su martirio y su gozo. Ella es la que le posibilita la inmersión en la corriente histórica y la comprensión perfecta del pasado pero al mismo tiempo es también ella la que limita radicalmente con su mezcla de espíritu objetivo y subjetivo las posibilidades de perspectiva, elección y recreación que su menester le exige. En resumidas cuentas, el historiador de la filosofía lo mismo que el puro filósofo es un buscador siempre en marcha y un anhelante peregrino que jamás podrá darnos su obra definitiva. En esto consiste precisamente su diminuta pequeñez en el curso de la historia, pero también de ahí fluye su noble grandeza humana.